Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia, 2010,
vol. LXII, nº 2, julio-diciembre, págs. 653-656, ISSN: 0210-4466

PROFESOR JOSÉ MARÍA LÓPEZ PIÑERO. EN RECUERDO DE UN MAESTRO Y AMIGO

José Luis Peset

Instituto de Historia, CCHS-CSIC

En la Facultad de Medicina de la Universidad de Valencia, en los años sesenta en que estudié, la figura de José María López Piñero era un viento de renovación. Para los que pensábamos que la ciencia era el camino de la necesaria mejoría, el entusiasmo de José María fue sin duda una emocionante posibilidad. En esos años en que algunas esperanzas de cambio se apuntaban, en una sociedad todavía atemorizada por el franquismo, el estudio y la cultura parecían nuevas vías a la luz. Recuerdo la visita a la Facultad del ministro Villar Palasí, rodeado de una aureola de valenciano culto e interesado en la renovación. Lo pude ver entrando desde la puerta hacia el Decanato y me impresionó su solemnidad y su traje oscuro e impecable. Sin duda, para la Universidad se planteaba el último intento sensato de puesta al día. Esos nuevos tiempos permitieron que personas distintas a las familias franquistas entrasen en la Universidad. Profesores como él o como Luis García Ballester iban a introducir un entusiasmo nuevo por la enseñanza y la investigación. La creencia en el poder del estudio y la dedicación haría concebir esperanzas en que una nueva cultura académica estaba surgiendo. Un nuevo profesorado dedicó muchas horas a las bibliotecas, a los laboratorios y a la formación, introduciendo métodos rigurosos; se importaron nuevas metodologías y se abrió la relación con el extranjero que tantos años de dictadura habían ahogado.

Animado por Pedro Laín Entralgo, comenzó su tesis doctoral sobre la psiquiatría del siglo XIX, trabajo que más tarde se convertirá en un excelente libro en colaboración con José María Morales Meseguer, que se tituló *Neurosis y psicoterapia. Un estudio histórico* (Madrid, Espasa-Calpe, 1970). Las relaciones del médico alienista con las mentalidades clínicas de la época son allí analizadas. Un cuidadoso manejo de fuentes, unos buenos conocimientos lingüísticos y las aportaciones que sobre el psicoanálisis añadió éste último, convierten el libro en esencial en la historia de la psiquiatría. En el futuro, se interesaría por la historia de la escuela histológica española, en especial por la figura de Santiago Ramón y Cajal. La colaboración de Roberto Marco, que analizó las aportaciones de los histólogos españoles anteriores a la obra del premio Nobel, fue un preámbulo importante para este trabajo. Se ocupó además de Nicolás Achúcarro y Pío del Río-Hortega, así como de John H. Jackson, mostrando en él la interrelación entre neurología y evolucionismo.

Muy pronto empezó sus estudios sobre la ciencia española del Siglo de Oro. Sin duda, era una tarea difícil. Entre las leyendas negras sobre España, siempre está presente el desprecio en estas

tierras por la ciencia. España sería país de pintores y escritores, pero no de sabios. Las peleas de Cavanilles en el siglo XVIII o de Menéndez Pelayo en el XIX intentaron rescatar el papel de muchos científicos españoles a lo largo de una larga historia. Sin duda, en el panorama cultural español, no hay muchos sabios de primera importancia. Y en un campo de la historiografía en que se sigue manteniendo la creencia en el progreso continuo y en la preeminencia absoluta de primeras figuras, los científicos españoles —con brillantes excepciones— tienen poco relieve. Pero sin duda ha habido sabios importantes, la ciencia ha formado parte de la cultura peninsular desde el Renacimiento —incluso desde antes— y quedaba mucho por estudiar. Este respeto por las figuras menores, por las generaciones intermedias configura la tarea de José María López Piñero.

Su libro *Ciencia y sociedad en la España de los siglos XVI y XVII* (Labor, Barcelona, 1979) fue una obra esencial para el entendimiento de la cultura española de la época. Supo incardinar el saber científico en la sociedad de esos dos siglos, mostrando bien el esfuerzo que muchos personajes hicieron por poner al día la ciencia. Entendió bien que figuras ambivalentes como Felipe II estuvieran interesadas en el desarrollo de la ciencia y la técnica. Era lógico, pues no solo la lengua es compañera del imperio como Nebrija quería, también lo son la ciencia y la técnica. Unos reyes que eran dueños del mundo, necesitaban agricultura, comercio e industria, barcos, cañones, mapas, medicinas… y por tanto, física y química, matemáticas y geografía, medicina y farmacia y, sobre todo, técnica, una poderosa técnica.

Esto no impide que la tecnología fuera traída con frecuencia de dominios extranjeros, así Flandes o Italia, o que la ciencia fuera poco valorada en la época. O bien que se permitiera a la Iglesia perseguir a estudiosos y disidentes, o que las minorías fueran oprimidas o perseguidas. Las extraordinarias tradiciones árabe y hebrea fueron de forma brutal cortadas. También es cierto que con el tiempo la corona fue perdiendo su interés por el saber, prefiriendo las artes y las letras. Pero incluso algún ministro o valido se interesó más tarde por el saber y sus posibilidades, y muchos sabios intentaron sacar a este país del retraso científico casi constante. Era justo que José María López Piñero sacara del olvido —o de los viejos repertorios positivistas— muchas figuras que fueron importantes en la ciencia. Se ocupó de naturalistas y médicos en colaboración con María Luz López Terrada y José Pardo, de físicos y químicos con Víctor Navarro y Eugenio Portela. Pero no descuidó ni la náutica ni la geografía, ni la minería ni la anatomía. Así se interesó por el mundo americano, imprescindible para entender la España moderna.

También fue intensa su dedicación a la historia de la ciencia valenciana, estudios a veces compartidos con Víctor Navarro. Algunos de los autores que fueron sus preferidos tuvieron ese origen, como puede ser el botánico Cavanilles, que cultivó de forma constante. Su interés por la botánica —desde Valencia a América— se muestra en sus trabajos sobre Pere Jaume Esteve, o bien en su atlas y diccionario histórico de plantas medicinales. En sus estudios sobre botánica, y sobre medicina, tenemos al científico con fuerte afición que intenta entender su disciplina desde la historia. Médico por sus títulos y botánico por devoción y estudios, supo escribir una historia desde el interior de la ciencia. Una historia que si bien se dirigía en primer lugar a los científicos, consiguió el interés de los historiadores, los filósofos y un buen número de lectores. Se preocupó también por los grabadores ocupados en las láminas y libros científicos, como fue Crisóstomo Martínez y su atlas anatómico, también por el grabador Juan Bautista Bru, sus animales y el megaterio, estando siempre interesado por las imágenes en la medicina y la ciencia. También se ocupó, como no podía ser menos, de Andrés Piquer —aragonés afincado por años en Valencia— y la renovación de la clínica médica.

La salud pública siempre le interesó, en trabajos en un área que también cultivaron bajo su influjo, entre otros muchos, Jorge Navarro, M.ª José Báguena o Vicente Salavert. Así se ocupó de la valenciana, en el caso de Ferrán y la vacunación anticolérica, o de otros autores de la talla de Mateo Seoane. La medicina fue su vocación principal, destacando sus trabajos sobre Juan de Cabriada y la renovación científica de los novatores, Francisco Hernández y su expedición y el divino Francisco

Valles y sus controversias, con Francisco Calero. Uno de sus primeros libros con Luis García Ballester y Pilar Faus fue un programa renovador, *Medicina y sociedad en la España del siglo XIX* (Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1964). Tampoco se puede olvidar un libro de los iniciales con José Luis Pinillos y Luis García Ballester, *Constitución y personalidad: historia y teoría de un problema* (Madrid, CSIC, 1966).

Los mencionados libros y otros muchos trabajos fueron puntos de partida para esenciales renovaciones entre nosotros de la historia de la medicina y de la ciencia. Siempre preocupado por las novedades metodológicas, su preocupación por la terminología y documentación médicas junto a María Luz Terrada, y también por la bibliografía y los estudios bibliográficos y bibliométricos así lo muestran. Esencial fue la publicación del *Diccionario histórico de la ciencia moderna en España* (Barcelona, 2 v. Península, 1983), con Thomas Glick, Víctor Navarro y Eugenio Portela. Con abundantes colaboradores, sus repertorios bibliográficos sobre ciencia y medicina fueron y son importantes. Sus series y compromisos editoriales, así como su contribución a la revista *Asclepio,* permiten comprender el excelente desarrollo que la historia de la medicina y de la ciencia ha tenido en aulas y publicaciones. No es extraño el dolor que sentimos ante la pérdida de un amigo y maestro, como fue José María López Piñero.